

co Pippino, Ferrato Vicentino, Tomás Walsingham, Alberto Krantz, etc.

Por último, moderno es y muy notorio el principio de la campaña movida para rehabilitar la memoria de la reprobada Caballería. ¿Quiénes fueron los iniciadores? Los protestantes. ¿Y después de ellos, andando el tiempo? Los incrédulos del siglo pasado. De suerte que los caballeros andantes católicos que vienen á desfacer los entuertos de los menesterosos del Temple, van de reata tras los herejes é impíos, ayudándoles bravamente, ¡palomas sin hiel! “en la real conspiración contra la historia, tramada y sostenida por los sectarios del siglo XVIII,” según palabra veraz del h. Findel. Entiéndalo Mr. Guérin, autor de un gran diccionario enciclopédico.

CAPITULO VIII

SISTEMA MANIQUEO.—Un pasaje de Hurter para hacer boca.—Preliminares del P. Barruel.—Un reto victorioso de Bossuet y algunos apuntes.—Noticia metódica é interesantísima de los maniqueos sacada de Bossuet.—Comentarios.—Magnífica prueba del P. Barruel.—¿Quién fué el P. Barruel?—Apéndice de D. Benoit.—Los cuadros sinópticos, y el nuestro.—Un distintivo especial.—Recapitulación y consecuencia.—Candor de los que distinguen entre maniqueos y albigenses.—La gran objeción del *pudo ser*.—La no menos colosal de la masonería *política*.—Resumen histórico general de la secta.—Testimonios masónicos, y como aquí valen el oro y vienen de perlas.—Consecuencia final.

Lo expone y defiende el P. Barruel, y á este transcribe al pie de la letra Henrión, aunque se guarda prudentemente de decirlo: con tesón igual lo sustenta el P. Deschamps y se coloca á su lado D. Benoit. También aboga por él con ardor el P. Bresciani, el cual si bien llega al mismo término, pero echa por otro camino, tal vez no del todo seguro.

A tan esclarecidos autores hace honrada compañía aquel sabio historiador de la Edad Media. el protestante Hurter, de quien no podemos reprimir el deseo de trasladar un pasaje de su *Historia del Papa Inocencio III y de su siglo*, que sirva de oportuna introducción á este tratado:

“Al comparar, dice, la organización interna de cierta sociedad, la de los francmasones, y sus tentativas contra la Iglesia de unos sesenta años á esta parte [el autor escribía por los años de 30 á 40], con los principios conocidos de la doctrina de los cátaros, se ve uno obligado á reconocer ciertas semejanzas, no sólo tocante á los principios generales, sino también respecto á los más mínimos detalles. Una y otra sociedad tienen por principio la independencia del hombre ante cualquiera autoridad superior. Ambas profesan el mismo odio á las instituciones sociales, particularmente á la Iglesia y á sus ministros; ambas convienen en no franquear el secreto sin la garantía de una larga probación y en prescribir su guarda hasta para con los más inmediatos parientes. En ambas los verdaderos jefes son desconocidos á la muchedumbre: se hace la división por provincias, sujetas á jefes particulares: iguales son los signos de reconocimiento en el modo de hablar y de entenderse; de suerte que podemos decir, con alguna razón, que los trastornos que de medio siglo acá socavan los fundamentos de la sociedad europea, no son más que la obra de los albigenses, transmitida de ellos á sus sucesores, los francmasones A penas temían algún riesgo, se les veía en el acto cumplir con las prácticas exteriores de la religión: hincaban devotamente las rodillas, se llegaban á la sagrada Mesa con señales de profunda piedad y hacían profesión de buenos cristianos (1).”

¡Grave dificultad! y esto que todavía no empezamos. Hurter habla de Albigenses, y nosotros en el encabezamiento mismo tratamos de Maniqueos.

Tiene vd. razón, señor elefante. Pero nada importa el vocablo, si la cosa es la misma; porque los albigenses eran tan

(1) Obr. cit. Trad. franc. París, 1840.—pp. 284, 286.

maniqueos como el mismo Manés. Sino que imitamos á nuestro doctor eximio el P. Barruel, que en todas las cosas sabía irse al grano: en vez de quedarse en el umbral de la puerta, si entro ó no entro; como muchos tratadistas *profanos* del género, por lo demás excelentes, él sin miedo ni vacilaciones acomete derecho el bulto; y en lugar de hacer dos capítulos de una misma materia, como conquistando el terreno palmo á palmo, él lo despacha todo en uno, y se queda tan campante, y lo que es más, victorioso. Su ejemplo seguimos, y á la mano de Dios.

El cual P. Barruel, después de haber muy justamente condenado y rematado á los templarios, con más de medio siglo de ventaja sobre el calafate de Michelet y Mr. Loiseleur; después de haber hecho buena la filiación templaria de la masonería, pese á quien pese, tira las últimas líneas de su demostración, con aquella mirada que penetra en las tinieblas de la secta y con aquel su genial desenfado, diciendo así:

“No se engañaron los sabios adeptos de la masonería, al contar á los templarios entre sus predecesores. Esta opinión se hace palpable en la conveniencia de los misterios. Pero ¿de quién habían recibido aquellos el sistema de su impiedad? Esto nos lo han revelado los hermanos, á quienes nada cautivaba tanto como esta impiedad. A este fin se pusieron en campaña, para averiguar si anteriormente á los templarios existían ya en Europa algunas *sociedades secretas*, en las que pudiesen descubrir á sus padres: preciso nos es oír de nuevo al más calificado de los adeptos, al sofista Condorcet. El resultado de sus indagaciones no ha hecho más que señalarse, por haberle sorprendido la muerte cuando aun no desenvolvía su grande obra sobre los *Progresos del espíritu humano*, de la cual sus admiradores no publicaron más que el plan general con el título

de *Bosquejo de un cuadro histórico* [1]; pero nos basta este bosquejo para disipar el resto de la nube y ver algo al través del velo que la secta no tuvo por conveniente descender por completo, y para descubrir con la guía de algunas reflexiones el primer origen de los misterios y sistemas masónicos, conociéndolos con esto en toda su extensión.

“En el mediodía de Francia, dice el sofista masón, provincias enteras se pusieron de acuerdo para adoptar una doctrina más sencilla, un cristianismo más depurado, según el cual el hombre, sometido únicamente á la divinidad, juzgase por sus propias luces de lo que esta se ha dignado revelar en los libros emanados de la misma. Estas provincias fueron asoladas por ejércitos fanáticos al mando de jefes ambiciosos: los verdugos, conducidos por legados y clérigos, inmolaron á los que se habían salvado del acero de los soldados; establecióse un tribunal de frailes, encargados de condenar á la hoguera al que apareciese sospechoso de escuchar la voz de su propia razón.

“Con todo no les fué posible impedir que este espíritu de libertad y de examen con frecuencia hiciera progresos. Reprimido en el país, donde no se atrevía á presentarse, donde distintas veces la más intolerante hipocresía provocó guerras sangrientas, se reproducía y comunicaba secretamente á otra comarca. Ese espíritu se echa de ver en *todas las épocas*, hasta el momento en que favorecido por la invención de la imprenta, fué bastante poderoso para libertar una parte de Europa del yugo de la Corte de Roma.”

“En prueba de este espíritu filosófico, continúa el P. Barruel, ó por mejor decir, de esta impiedad, que ya entonces tenía sus prosélitos, Condorcet cita de aquella época á Federico II y á su canciller Pedro de las Viñas, el libro de *Los tres*

(1) *Esquisse d'un tableau historique.*

impostores, los cuentos escandalosos titulados *Fabliaux* y el *Decameron* de Boccaccio; y añade aquellas palabras que es preciso repetir aquí: “Examinaremos si en unos tiempos en que el proselitismo filosófico hubiera sido peligroso, dejaron de formarse *sociedades secretas, destinadas á perpetuar y extender á la sordina y sin riesgo entre algunos adeptos algunas verdades sencillas, como seguros preservativos contra las preocupaciones reinantes.* Averiguaremos, si debe contarse entre dichas sociedades aquella célebre orden [el Temple], contra la cual los Papas y los reyes conspiraron con tanta barbarie.”

Luego Barruel concluye así:

“Quiero aprovecharme de estas apuntaciones de Condorcet. Ya sé todo lo que fueron aquellos *hombres del mediodía*, en quienes se propone buscar el origen de las *sociedades secretas*; una horda de hijos de Manes.”

Si el P. Barruel no disimula su satisfacción por el partido que saca de las indicaciones del sofista, más contentos nos ponemos nosotros por la mano que en nuestra investigación nos dan uno y otro á la vez. Y en verdad que si á nadie puede ocultarse la perspicacia y sagacidad del P. Barruel, nadie tampoco negar á Condorcet golpe de vista certero y penetrante para calar en las negras profundidades de su familia; como lo viene pregonando en este mismo punto histórico el acierto de entrambos.

Y en efecto, antes de venir al fondo de nuestra demostración, que se ha de facilitar mucho preparada con los necesarios antecedentes, véase quiénes eran y lo que significaban aquellos *hombres del mediodía*, con cuya memoria se regocija el corazón de Condorcet; cuyas señas, vida y milagros logra tener al dedillo Barruel con no menor alborozo, aunque tan opuestos los motivos de uno y otro contento: véase por el irre-

cusable testimonio del gran Bossuet. Está confundiendo á dos protestantes falsarios con la historia en la mano, y haciendo referencia á la segunda mitad del siglo XII, dice:

“Todos los autores de la época, porque ni uno solo hemos dejado por consultar, nos muestran á esos albigenses como maniqueos; y yo desafío á cuantos protestantes se abrigan bajo la capa del cielo á probarme que en Europa, cuando Valdo se sublevó, existiese secta alguna separada de Roma, que no fuese ó maniqueismo, ó rama y subdivisión del maniqueismo.”

Recojamos las preciosas afirmaciones contenidas en estas breves palabras: 1ª Los albigenses eran maniqueos. Luego disputar, respecto de la masonería, del origen albigense y del maniqueo, es una misma é idéntica cosa. Se les atraganta á los desconsiderados esta consecuencia, porque lleva muy arriba, como á fines del siglo III ó principios del IV, los pañales de la masonería; pero ¿qué le hemos de hacer, si no hay cosa tan brutal como la elocuencia de los hechos? 2ª Por entonces, esto es, en la segunda mitad del siglo XII, no había en Europa secta alguna, que no fuese maniqueismo ó hijuela del maniqueismo. Luego el templarismo, que según los cálculos más cortos ó bajos de los historiadores existía ya á la sazón, era maniqueismo; pero el templarismo era masonismo puro, según acabamos de probar; por consiguiente el maniqueismo fué también masonismo, ó viceversa, el masonismo es y ha sido siempre maniqueismo. Impúgnese, si hay ánimo para ello, la verdad de algunas de las premisas, ó la lógica de las ilaciones. Los hechos asentados por Bossuet no hay en el mundo osadía capaz de negarlos.

Por lo demás la última consecuencia de la ecuación entre masonismo y maniqueismo, con las prudentes variaciones que en el error siempre introduce la evolución de los tiempos y la astucia de los malignos, consecuencia que ha de levantar en

vilo á los poco machuchos en ciencias masónicas, se ve manifiestamente puesta en cobro por los tratadistas profanos con el examen de las doctrinas, rituales y símbolos de la actual masonería.

Finalmente por inferencia del gran poderío y extensión que alcanzó el nuevo maniqueismo en Etrópa, hasta constituir á principios del siglo XIII un peligro formidable para la cristiandad, y bien ponderada la general afición á juntas secretas, el hervidero de ellas y sus rasgos de semejanza con la secta de Manes en tiempos más avanzados ¿no sería lícito hacer extensiva y aplicar á estos la segunda afirmación del inclito obispo de Meaux? Entonces el maniqueismo, ó sea, la masonería más antigua, aparecería á manera de foco y receptáculo perenne de aquellas más remotas conjuraciones anticristianas y antisociales, así como el Pontífice reinante nos representa á la masonería moderna cual el centro de donde irradian y á donde vuelven á converger todas las sectas actuales [1]: entonces el maniqueismo, conforme á su principio de *luz y tinieblas*, actuaría ante nuestros ojos *iluminando* los vastos horizontes de aquel mundo antiguo, como se vió más tarde á un Saint-Martin y á un Weisshaupt *iluminar* el mundo moderno, para renovar, perfeccionar y reformar en consonancia con las circunstancias de la época la primitiva *iluminación*: entonces se debería tomar en serio aquella frase del mismo Weisshaupt, que al pronto quisiera uno tachar de arrogante fanfarronada de maestro pretencioso: “Téngase advertido muy especialmente, que nuestro *Caballero escocés*, para hacer *grandes descubrimientos sobre esta verdadera masonería*, se ha de dedicar al estudio de los antiguos *gnósticos y de los maniqueos*.” coincidiendo así

(1) Variæ sunt hominum sectæ, quæ..... re congruunt cum secta Massonum, quæ cujusdam est instar centri unde abeunt et quo redeunt universæ — Ep. Encycl. *Humanum genus*.

substancialmente en una misma idea el sofista alemán y el francés Condorcet.

Con el sencillo argumento formado sobre las palabras de Bossuet, como no admite réplica al igual de la autoridad en que principalmente descansa, nos podríamos dar por satisfechos y por cumplido nuestro propósito: por otra parte con la interpretación extensiva prestada á aquellas palabras, interpretación nada caprichosa ó arbitraria por su conformidad con las enseñanzas de la historia, se arroja mucha luz sobre los caminos de la masonería desde las más lejanas edades hasta la presente. Pero queremos traer nuestra prueba directamente buscándola en las extrañas de la cosa misma, y desarrollarla con mayor amplitud; nos prometemos, además, acrecentar aquella luz con nuevas claridades para mayor ilustración y más sólido convencimiento de nuestros lectores. A este doble objeto anticiparemos, como preparativo para lo demás, una compendiosa noticia acerca de los dichos, hechos y proceder de los maniqueos, avechuchos ignorados por algunos y algo así como animales fósiles, sólo en confuso conocidos por no pocos. Para esta excursión histórica tomaremos la guía del mismo Bossuet y de la misma obra, que mejor no se nos podía haber deparado. Todo un Bossuet, y en la contienda más reñida, en que todos los protestantes de un solo golpe caen postrados por la única arma de la historia á los pies del glorioso atleta, es cuanto hay que ver ni desear para confianza del espíritu más receloso. Subrayaremos algunas particularidades por su grande significación ó interés para más adelante, como á su tiempo lo verá el paciente lector que nos siga hasta el fin de nuestra curiosa concertación acerca del origen maniqueo de la maleante masonería.

Comencemos.

Teología de los maniqueos: dos primeros principios enemigos y de naturaleza contraria, uno principio del bien y de la luz, y otro del mal y de las tinieblas; doctrina *venida del paganismo* y de que se encuentran principios *hasta en Platón; reinante entre los Persas*. Manes, *Persa* de nacimiento, se empeñó en infiltrar esta monstruosidad en la religión cristiana bajo el imperio de Aureliano, á fines del siglo III. *Marcion* le había ganado por la mano y preparado el camino con su *secta divina en diferentes ramas*.

Algunas consecuencias de aquella doctrina.—El Antiguo Testamento, una fábula ú obra del mal principio; la Encarnación, una ilusión: la carne de Jesucristo, un fantasma, porque *la carne es obra del principio malo*. Como de éste proviene nuestro cuerpo, y el alma del principio bueno, de ahí *fuera matrimonio, ó mejor, fuera procreación*, etc. S. Pablo había anunciado estos errores (1), y los Santos Padres explican anuncio tan anticipado á causa de la transcendencia de aquellos.

Tres caracteres de los maniqueos.—1º *Espíritu de seducción*: Engañaban á los primeros ingenios: S. Agustín furibundo maniqueo por espacio de nueve años. Era la secta de donde *más difícilmente se salta*. Prestigios ó ilusiones y artimañas no oídas para engañar á los sencillos: *operaciones mágicas*.

2º *Hipocresía*: (Aquí nos ponemos á traducir, que no extractar á Bossuet): "Sabían ocultar lo más detestable que había en la secta con tan profundo artificio, que no solamente los extraños, sino hasta los que eran de ella, *pasaban mucho tiempo sin saberlo*. Porque bajó el hermoso disfraz de su continencia *encubrían impurezas que no se atreve uno á nombrar*, y que hasta *formaban parte de sus misterios*. Entre ellos se

(1) Timoth. IV.

encontraban *muchas categorías*. Los que llamaban ellos sus agentes, *no conocían el fondo* de la secta; y sus *elegidos*, esto es, los que conocían todo el misterio, ocultaban cuidadosamente el secreto abominable, hasta haber sido preparado [el creyente] con diversos grados. Se hacía alarde de abstinencia y de una exterioridad de vida, no sólo buena, sino hasta penitente; y era un atractivo de seducción, el de llegar por grados á lo que se creía más perfecto, por lo mismo de estar secreto."

3º *La disimulación* en confundirse con los católicos en las iglesias y pasar ocultos: era uno de sus artificios para ganar adeptos. Recibían la comunión, mas no bajo especie de vino, porque creían que Jesucristo carecía de verdadera sangre. Por este indicio los descubrió S. León; pero tal era su habilidad para engañar á los católicos á sus propios ojos, por más vigilantes, que siguieron ocultos y no fueron á penas plenamente descubiertos hasta el pontificado de S. Gelasio. Entonces se ordenó la comunión bajo las dos especies, condenando aquella *superstición ó falsa religión* de los maniqueos.

A pesar de haber sido los sectarios sentenciados á la última pena, la secta no cesaba de subsistir y propagarse. Favorecióla el emperador Anastasio y Teodora, la esposa de Justiniano. Se ve á los sectarios en los tiempos de los hijos de Heraclio en Armenia, provincia inmediata á *Persia*, y con el nombre *Paulicianos*, de un tal Pablo. Llegaron á tan gran poderío por debilidad del gobierno, por la protección de los sarracenos ó por favor del emperador Nicéforo muy adicto á la secta, que al fin perseguidos por Teodora, esposa de Basilio, se sintieron con fuerzas para construir ciudades y levantarse en armas contra sus príncipes.

Estas guerras fueron largas y sangrientas bajo el imperio de Basilio el Macedonio, á fines del siglo IX. Pedro de Sicilia fué enviado por este emperador á Tibrica ó Tefrica, en Arme-

nia, plaza fuerte de estos herejes, á negociar un canje de prisioneros. Allí conoció á fondo á los paulicianos por maniqueos y escribió un libro sobre sus errores, dirigido al arzobispo de Bulgaria. Marca, además de lo que ya sabemos de los maniqueos, su *aversión especial á la imagen de la cruz*, á la Santísima Virgen y á la Eucaristía.

Por estos sentimientos se distinguían también los antiguos maniqueos, que además negaban el culto de los mártires y de sus reliquias, según se ve por San Agustín. Lo mismo los paulicianos.

Según refiere Pedro de Sicilia, los paulicianos, después de haber corrompido la vecina Tracia, ansiaban ir á pervertir los pueblos recién convertidos de Bulgaria. En efecto allí echó profundas raíces la herejía maniquea, y de allí se diseminó por todo el resto de Europa; de donde les vino á los sectarios el nombre de Búlgaros.

"Mil años habían transcurrido, añade Bossuet tomando un tono solemne, desde el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y la espantosa relajación de la disciplina hacía temer para la Iglesia de Occidente algún desastre extraordinario. Puede que también fuese llegado el plazo de aquel terrible *desencadenamiento de Satanás*, señalado en el Apocalipsis [1], *por mil años*; lo cual puede significar desórdenes extremos, mil años después que el *fuerte armado*, esto es, el demonio victorioso, *fué atado* por Jesucristo al venir este al mundo. Sea lo que fuere, en esta época y en el año 1017 fueron descubiertos en Orleans unos herejes cuya doctrina desde largo tiempo hacía no era conocida entre los Latinos.

Una italiana la trajo á Francia, comenzando por seducir á dos canónigos de Orleans, Esteban ó Heriberto y Lisoio. Pre-

(1) *Apoc.* XX, 2, 3, 7.

senta todos los caracteres del maniqueismo. La misma herejía por aquellos mismos días aparece en Aquitania y en Tolosa. La habían propagado los maniqueos de Italia, que se llamaban *cátharos*, ó puros, por su continencia y la abstinencia de carne.

“Desde que la herejía de los búlgaros, refiere un autor antiguo, empezó á crecer en la Lombardia, estos tenían por obispo un tal Marco, á quien reconocían los lombardos, los toscanos y los de la Marca; pero después vino de Constantinopla á la Lombardia otro papa nombrado Niceto.”

El mal va en aumento en el Languedoc y en Tolosa. Los maniqueos condenados por los concilios de Tours, de Tolosa y de Letrán: á pesar de esto penetran en Alemania.

Guardan *mayor secreto y encubren la doctrina de los dos principios*, hasta que se la sorprendió Ecberto, teólogo coloniense de la época. “La señal más segura para conocerlos, dice Bossuet, era su empeño de esconderse, hasta el grado de recibir los sacramentos con nosotros, y responder lo mismo que nosotros, cuando se les urgía en puntos de fe. Este fué el espíritu de la secta desde su comienzo, según lo notamos en los tiempos de San Agustín y San León.”—Embozaban sus doctrinas con mentiras manifiestas ó con equívocos artificiosos.—Según ellos el Evangelio prohíbe jurar por causa alguna; mas interrogados sobre religión se creían autorizados, no solo para mentir, sino hasta para perjurar; conforme á la máxima que habían aprendido de otra rama de maniqueos, los priscilianistas de España, y que refiere San Agustín: *Jura y perjura cuanto quieras; pero no vendas el secreto.*—*Jura, perjura; secretum prodere noli*: Por esto Ecberto los llamaba *hombres oscuros ó impenetrables*; que nunca predicaban, sino hablaban al oído, se escondían en los rincones y que más bien murmuraban su doctrina entre dientes ó en secreto, que no la expli-

caban. “Este era uno de los atractivos de la secta. . . . nada recomendaban tanto como este secreto misterioso.”

Enervino, eclesiástico coloñés, manda noticias de los maniqueos á San Bernardo, para que con su saber los confunda: además de todo lo dicho, que huelga repetir, advierte la distinción *entre oyentes y elegidos*, seña mortal del maniqueismo divulgada ya por San Agustín; da cuenta de que *tenían un papa*, hecho cierto que se confirmó más adelante; y que se gloriaban de que “su doctrina había perseverado hasta nosotros, bien que encubierta, desde los tiempos de los mártires, “transmitiéndose á Grecia y á otros países;” lo cual es muy verdad, como que se derivaba de Marción y Manes, heresiarcas del siglo III. San Bernardo, que respondió á la invitación de Enervino, después de haber desenmascarado y refutado la secta, concluye diciendo, que era el *misterio de iniquidad* [1] profetizado por San Pablo, tanto más temible, cuanto más oculto; y que aquellos hombres eran, en lenguaje del mismo Apóstol, “seducidos por el demonio, que hablan mentira en hipocresía, tienen la conciencia cauterizada y prohíben el matrimonio y los manjares creados por Dios [2].”

Los herejes tolosanos impugnados por San Bernardo son los llamados vulgarmente *Albigenses*. Pedro el Venerable los titulaba también *Petrobrusianos* y *Henricianos*, del nombre de dos de sus cabecillas, Pedro de Bruis y Enrique. En Inglaterra, á donde se refugiaron en 1160 desde la Gascuña, se les conoía por *Poplicanos* ó *Publicanos*. *Piples* ó *Pifles* se les decía en Flandes por corrupción de *poplicanos*. Se denominaban además *Apostólicos* por su afectación de pobreza evangélica.

(1) II Thess. II, 7.

(2) I Tim. IV, 1, 3.